

Editorial

Indagar sobre el género en el campo de la comunicación tiene que ver en principio con dos cuestiones íntimamente relacionadas: en primer lugar, entender al género como un elemento constitutivo de las relaciones sociales y, desde esa perspectiva, la necesidad de desnaturalizar el marco y las dimensiones que conforman las relaciones de poder, a través de las que se ha establecido que el orden “natural” y hegemónico es masculino y heterosexual.

Múltiples estudios sobre género han ido abordando esta cuestión desde puntos de vista más o menos concordantes desde la década del 70 hasta la actualidad. De manera que es posible dar cuenta de posiciones teóricas que distinguieron las categorías sexo y género, así como otras propensas a diluir esta distinción en favor de una equiparación de ambos términos. En este sentido, existen perspectivas que plantean que el sexo es natural y el género cultural, es decir, el sexo biológico por un lado y, por el otro, el género como aquellas construcciones socio-culturales sobre la feminidad y la masculinidad. Asimismo, también existen posiciones en las que se sostiene que ambas categorías (sexo/género) son efectivamente resultado de la producción social y colectiva de sentidos, desechando el presupuesto de que hay un espacio neutral, natural, originario que no está “viciado” por la cultura.

Si lo natural aparece como aquello original, puro y en consecuencia, podríamos decir lo legítimo, lo “normal”, surge la necesidad de “desnaturalizar” ciertas categorías.

El planteo tiene que ver con la condición de posibilidad para cuestionar desde nuestro lugar la naturalización del marco binario, del poder hegemónico masculino y heterosexual. Desmontar las estructuras y evidenciar las prácticas cotidianas que sostienen ese modelo. Dar cuenta de que los conjuntos binarios hombre/mujer y heterosexual/homosexual, son claramente asimétricos, donde el primero tiene el poder y el segundo es el *otro*, el disminuido, es decir, el subordinado.

Resulta importante profundizar la discusión sobre el género en el marco de las Ciencias Sociales en general y del campo de la Comunicación en particular porque, como decíamos, el género es una dimensión constitutiva de las relaciones sociales y comunicacionales mediadas por la lógica de poder.

Es necesario reconocer cuáles son los mecanismos de dominación simbólica vinculadas al género, dando cuenta de que quiénes detentan el poder clasifican, etiquetan, ordenan, visibilizan, subordinan, reconocen o desconocen, y entonces también repensar las resistencias y las reinventaciones. Por eso, cuando hablamos de cuestiones de género también hablamos de la lucha por nom-

brar, de la pelea por el nombre propio y colectivo a la vez.

Pensar en el género es también pensar las formas de las relaciones de poder, sus dispositivos y formas de funcionamiento. En este sentido, en las operaciones en el orden de lo simbólico se definen los comportamientos sociales legítimos (y por supuesto los ilegítimos) de los hombres y mujeres. Se establece qué es lo femenino y qué es lo masculino, y esto se traduce en prácticas, en formas y estilos, en actividades legítimas para cada uno. Claro está: la definición de lo legítimo también explicita que aquello que esté por fuera de lo señalado será ilegítimo, anormal, desviado. Éstos son también los *otros*, que sin duda han sido “vigilados” y “castigados”.

Los desviados de hoy, las mujeres que juegan papeles centrales en la política, mujeres que salieron de su casa y sostienen la economía, mujeres que tienen poder y conducen, hombres que se enamoran de hombres, mujeres que se enamoran de mujeres, hombres que nacen mujeres en cuerpos de hombres que es necesario transformar y viceversa, personas que cambian de sexo y todos/as los que están fuera del modelo masculino heterosexual estuvieron durante mucho tiempo en ámbitos privados, secretos, clandestinos.

Sin embargo, cada vez más están presentes en lo público. La escena pública y hasta la opinión pública

muestra y habla de estos *otros*. La visibilización, tan aclamada por algunos sectores, no implicó de ningún modo inclusión y es una cuestión interesante que en este momento histórico resulta necesario reflexionar.

Sin duda existen muchas preguntas abiertas que habilitan la reflexión en nuestro campo. No podemos dejar de analizar, por ejemplo, sobre el lugar que los medios de comunicación ocupan en todo esto. Los medios como dispositivos de visibilización permanente de vidas, de hombres y mujeres. El show de la vida cotidiana que tiende a demonizar a estos *otros*. La complejidad de la discusión se da de la mano de dualidades como la importancia de la visibilidad en el anhelo de la inclusión; la visibilidad y la fijación; la necesidad de autonombrarse y la adquisición del cartel clasificatorio; tácticas y estrategias; subversión y encarrilamiento.

El surgimiento de los estudios de género fue y es sin duda una contribución significativa para indagar en las desigualdades entre hombres y mujeres, dando cuenta también de la multiplicidad de identidades. El género surge como territorio de producción de sentidos en disputa en múltiples espacios, en el plano de la teoría y de las prácticas sociales. *Oficios terrestres* se propone hoy, a partir de diversos trabajos, constituirse como un espacio más para dar lugar a que otros discursos y experiencias fluyan por estos caminos.